

Páramos

José Blanco

En esta crónica habanera el periodista José Blanco consigna en tono agridulce el desencuentro de las ilusiones perdidas de la Revolución cubana a partir de una situación minimalista en torno a las diferencias entre el habla caribeña y la mexicana.

Son las siete y media de la mañana en el Hotel Nacional de La Habana. El calor aún no se siente pero amenaza. Los dos días previos han sido raros, inquietantes; hace unos quince años todo era distinto. Se respira en el hotel una impaciencia reprimida, rostros severos que permanecen disciplinadamente en un equilibrio de comportamiento correcto, revestido de una dignidad actuada. Los empleados se mueven con lentitud y los huéspedes caminan de aquí para allá impersonalmente. Hoy es así el día. Empleados y huéspedes parecen moverse en dos mundos ajenos que no se ven uno al otro. Los primeros no asumen que están para servir a los segundos. Para servir tan sólo cumpliendo su trabajo. Uno siente que dirigirse a cualquiera de ellos puede causarle alguna agria molestia; los huéspedes algo tímidos como yo preferimos no importunarlos.

Los cubanos a la vista no son los hombres nuevos de los que hablara el Che, son hombres y mujeres desdichados que fracasaron tras una utopía desvanecida. Aca-so el mayor valor moral de ese hombre nuevo no realizado hubiera sido la solidaridad humana. Eso no ocurrió. Había leído:

El ferrocarril constituye en nuestro país —decían en *Granma* Puig y Barredo—, una de las columnas vertebrales del desarrollo económico. Tal realidad exige del sector ferroviario estricta disciplina laboral y una conducta técnica de alto nivel, elementos que, desgraciadamente, se han debilitado de manera notable en los últimos años. No es exagerado afirmar que las graves indisciplinas técnicas de la tripulación y del personal de operaciones unidas a las deficiencias de dirección persistentes contribuyeron a fomentar el caos. La inexplicable falta de orden que impera en el sector así como la indiferencia en el cuidado

de los costosos equipos han provocado el desaprovechamiento de las capacidades, el incremento de los accidentes, el robo y el descontrol sobre elementos como rieles, traviesas, piedra, sistemas de señalización, etcétera.

Su nota periodística estaba acompañada de fotografías en las que se muestra el descarrilamiento de un ferrocarril de carga, resultado del robo señalado de rieles, traviesas, piedra. El robo y “la falta de orden que impera en el sector” no son inexplicables, como dice *Granma*. Puig y Barredo lo explican: “el daño que ocasionan ciudadanos inescrupulosos que cometen delitos de robo y receptación [ocurre] con total impunidad”. Llama la atención el uso periodístico del término “receptación”, por cuanto tiene un significado específicamente jurídico: ocultar o encubrir delincuentes o cosas que son materia de delito. Es notorio también que *Granma* acepte abiertamente la existencia de esa excrecencia social: ocultar y encubrir delincuentes, y que tan reprobable conducta permanezca impune.

Increíblemente, subrayan los articulistas, a través de los años han sustraído fundamentalmente rieles que se emplean en los más diversos fines, lo mismo para construir corraletas de animales, que cercas, vigas o pilotes. De igual forma, las vías han sido despojadas de gran cantidad de traviesas de hormigón que emplean íntegramente en la confección de cercas y pisos o para despojarlas de los alambres interiores y realizar las más diversas fabricaciones caseras.

Estos robos y su receptación se hallan en polos opuestos a la solidaridad social. Son delitos alejados de todo sentido social respecto al daño causado; Puig y Barre-

do, aunque no es su propósito, explican su origen: la necesidad social básica no satisfecha. Sálvese quien pueda. La vida social cubana está hundida en una debacle extrema. Todo esto me pasa por la cabeza y me produce una gran tristeza, mientras deambulo unos minutos por el lobby del hotel.

Observo con atención a cada cubano y me parece ver en cada uno una cabeza irritada y nebulosa. Quizá no están pensando en nada concreto, porque las tripas entripadas les dominan minuto a minuto a muchos de ellos. Casi todo el tiempo quieren ser solemnes, pero si uno pregunta esto o aquello para orientar su necesidad propia del momento o del día, pueden sonreír en un esfuerzo por atender la solicitud de quienes tal vez sean para ellos privilegiados babiecas llegados de un mundo que desconocen, pero que parecen percibir como prebenda inmerecida. No parecen saber que esos extraños vienen de mundos en los que tampoco son felices. El juego de adivinar la otredad es ciego y desencaminado.

Hace dos días llegué a La Habana, era domingo, y conseguí cambiar mis dólares por “billetes convertibles”. Recibí billetes de alta denominación, de cien pesos cubanos cada billete, equivalentes a más de mil doscientos cincuenta pesos mexicanos cada uno, según decisión del Banco Central de la isla. Fui al día siguiente a cambiar uno de esos billetes a una caja del Banco de Cuba en las instalaciones del propio hotel, para contar con billetes y monedas de baja denominación para pagos de objetos menudos. Me cobraron una comisión por cambiármelo. Sorprendente aún en este mundo de reglas de atracadores que en todas partes imponen los bancos. Pero pensándolo bien, no me pareció tan extraño. Cuba necesita divisas como el oxígeno.

Son las siete y treinta de la mañana en mi habitación —he vuelto de la divagación de tristezas en la que andaba—, y he aquí que, al buscarla, mi espuma de afeitar se ha terminado. Mi piel, extrañamente sensible, no resiste ser afeitada con jabón común. No tengo prisa, pensé, puedo esperar; ayer vi en un extremo del gran lobby del Hotel Nacional, de hecho fuera del propio lobby, un pequeño cubo de madera y vidrio, de unos dos metros cuadrados con aspecto de pequeña farmacia que expende objetos de aseo personal dejados en casa por los olvidadizos.

Encendí el televisor para esperar que abrieran la *farmacia*. Siete u ocho personas discutían sobre un asunto local de un barrio de La Habana cuyo fondo no logré entender enteramente, no sólo por la velocidad y peculiaridad del castellano cubano. Aunque la sinfonía de voces canoras isleñas era atrayente, simpática. Estuve oyendo esa sonora musicalidad del coro —con frecuencia hablaban dos o tres al mismo tiempo—, más que el fondo de la discusión.

Esta isla es música en todo momento, pensaba mientras descendía por el ascensor. El habla es música Caribe, más aún cuando es a coro. Ascensor: así dicen los cubanos. No es distinto del mexicano elevador. Pareciera que el mecanismo sólo sirviera para subir, según su nombre. Como es de esperarse el ascensor también descende.

Me desplazé en mis faldas al otro extremo del lobby, en busca de la farmacia. Eran las ocho y treinta. En la farmacia no había nadie. Me puse en ese extremo del lobby tratando de hacerme ver. Alguien debía percatarse de que este señor algo necesitaba. Pero de los escasos empleados de esa hora, nadie volvió la cabeza hacia donde estaba tratando de hacerme ver. Todos estaban absorbidos por sus supuestos quehaceres, creo.

Busqué infructuosamente si en alguna parte de la farmacia había algún medio de llamado para que alguien acudiera. No, no había ni un timbre ni una campanilla. Una frustración algo preocupante comenzó a apoderarse de mí, frente a la incertidumbre. ¿Alguien llegaría a alguna hora? Caminé hacia el mostrador de la recepción para preguntar. “En un momentico llega la responsable, no tenga apuro ujté”.

No había nada mejor que hacer que no preocuparse, y esperar. Regresé y me planté frente a la puertecilla de la farmacia. Como vigilante de esa fortaleza que guardaba celosamente los artilugios de farmacia, daba unos pasos, media vuelta, nuevamente unos pasos, media vuelta...

De pronto, allá venía. En el extremo del lobby una mulata muy delgada de treinta y cinco o treinta y seis años tal vez, el pelo algo encrespado, largo, descuidado, un faldón amplio que le tocaba los huesitos de los tobillos, un suéter muy viejo con tejidos muy aflojados, unas sandalias playeras de hule, iniciaba una carrera hacia mí, lanzando los pies simultáneamente hacia atrás y hacia los lados, en una forma muy común de la carrera femenina, que agitaba un brazo con la mano y sus dedos huesudos en alto, diciendo con su gesto, ya voy, ya voy, mientras comenzaba a dibujar una sonrisa cada vez más franca conforme se acercaba, una sonrisa abierta de una mujer cálida. Una linda sonrisa en una mujer desaliñada, con la cara lavada, y ese color que combina de manera imposible el canela y el gris pálido.

—¡Gracias por esperar! —exclamó al llegar, poniendo su mano huesuda extendida sobre su pecho, agitada, pero sin dejar de sonreír.

—No se preocupe —dije—, mi necesidad es mucha y estaba dispuesto a hacer escoleta todo el tiempo que fuera necesario...

—Pero usted es mexicano... —disparó de inmediato, con su irremediable acento, mientras se apresuraba a abrir el candadito que resguardaba la puerta. Lo dijo mientras giraba su cabeza para verme y escrutarme la cara directamente.



La Habana

A metro y medio de distancia vi entonces sus ojos. Ni grandes ni chicos, con su antifaz natural casi morado, sus cejas muy bien formadas, y unas pestañas pequeñas y muy rizadas. Esos ojos algo animalescos eran tan atractivos como esa sonrisa que no cesaba y podía mostrar hasta los primeros molares.

Pensé rápidamente: identifica mi acento, o alguna palabra o modo de decir.

Su farmacita era tan pequeña que uno no podía entrar, sólo ella que sacaba lo que los clientes le pidieran, siempre que hubiera existencias en tan magro establecimiento.

—¿Me identifica por mi acento, por la música de mi habla? —pregunté—, ¿o tal vez por alguna palabra que le pareció rara que haya yo dicho?

—Pues sí, por esa palabra rara, escoleta, pero principalmente por la música...

—¿Usted conoce bien la música mexicana? —entré en un juego de palabras... —porque nosotros conocemos muy bien la música cubana... —agregué.

—Sí, sí, usted sabe que me refiero a la forma como hablan ustedes los mexicanos...

—Los mexicanos hablamos de muchísimas formas...

—Sí que lo sé, pero creo que reconocemos muchas de esas formas como hablan en México...; y también le digo que en Cuba no decimos escoleta como usted dijo...

El inicio de este diálogo me dijo que estaba hablando con una mujer que poseía alguna formación académica. Había oído y registrado la palabra escoleta, que yo usé, y había entendido el sentido que le había dado.

Le pregunté por su nombre. Tenía un nombre rarillo, lo que no es infrecuente en la isla, pero eufónicamente bonito. Voy a llamarla Mirna.

—Sí —dije—, pasa mucho en América Latina, y nos ocurre también con España; usamos muchas palabras iguales con significados distintos, o llamamos de modo diferente a una misma cosa, y es probable que también

cometamos errores, según la sacratísima Real Academia de la Lengua...

—Pero usted es un profesor... —dijo mientras me señalaba moviendo hacia abajo y hacia arriba su dedo índice.

—Sí, sí, así es...

—Pues la palabra escoleta, creo que no la había oído... —dijo—. ¿Y qué es lo que usted requiere?

—Requiero —dije acentuando la palabra que ella acaba de usar— espuma para afeitarme...

—Ah, eso sí creo que lo tengo —dijo. Abrió un par de puertecillas, no estaba ahí la espuma, vaciló un momento y volvió y me encaró con las cejas algo arqueadas.

Para ese momento me parecía que Mirna buscaba retenerme, colgándose de la conversación. Y yo me sentía cómodo, después de tanta solemnidad del lobby, y dispuesto a continuar algunas frases con esa conversación algo vacía y sin rumbo.

—En Cuba decimos escolta, creo —dijo algo insegura.

—En México le llamamos escolta al grupo que acompaña a un abanderado. Puede ser en el ejército. Uno porta la bandera, para rendirle honores, y lo acompaña un grupo de soldados. También en las escuelas, se rinden honores a la bandera, no sé si todo esto hace sentido para usted; el niño o niña que porta la bandera es el abanderado, y lo es porque se le distingue así por algún mérito de rendimiento escolar o de conducta. Al grupo de niños que acompañan al abanderado o abanderada se le llama la escolta.

—Parece que usted sabe mucho de esto...

—No, no, no —la interrumpí—. De hecho, debo decirle, eso de hacer escoleta lo aprendí cuando hice el servicio militar. ¡Vaya que ha pasado tiempo! Se decía que a fulano le tocaba hacer escoleta, porque se le dejaba de vigilante, de guardia, en alguna situación en la que los demás podían comer, o realizar cualquier otra

actividad...; pero realmente no sé si está bien dicho; nunca hasta ahora estuve en situación de averiguar si eso está bien expresado.

—¡Uh!, en Cuba yo no sé cómo se le dice al que se queda de guardia...; o no me acuerdo...; pero me gustaría saber los significados correctos de esas palabras...; siempre es bueno saber las palabras...

Varias horas después, la irrefrenable curiosidad por las palabras me llevó a Internet (que en Cuba cuesta un potosí). No salí de mi asombro al ver los caminos a que me llevó esta averiguación, que no pudo ser satisfactoriamente conclusiva.

La Real Academia de la Lengua dice: *escolta*. 1. f. Méx. Banda de músicoaficionados; 2. f. Méx. Acción de reunirse estos músicos para practicar.

Nada que ver con la definición que di a Mirna. ¡Los diccionarios! Voy a un foro de debate en Yahoo. ¿Escolta?; mejor respuesta: en la escolta trabajamos la primera etapa de la Educación Infantil, que abarca a los alumnos de 1 a 3 años, que repartimos en cuatro aulas: de 12 a 18 meses; de 18 a 24; de 24 a 30 y de 30 a 36. (Es una mujer española la que escribe). ¡Claro!, me digo, esta palabra parece derivar de escuela, escolita. La española continúa: es la primera integración del niño en un mundo distinto del de su familia. Esto supone, por regla general, perder el protagonismo que el niño ha tenido en el entorno familiar e integrarse como uno más dentro de un grupo. Compartir su protagonismo con unos nuevos amiguitos, en todo iguales a él mis-

mo. Este cambio inicia su socialización infantil y tiene un importante significado para el niño... La lección continúa en varias páginas.

Tampoco, nada que ver con la definición que pretendía darle a Mirna.

Voy ahora a la Wiki, y busco *escolta*. Define: Un escolta es el profesional de la seguridad, pública o privada, especializado en la protección de personalidades. Debe pertenecer a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado o a una empresa de seguridad privada. Además de su formación básica debe realizar un curso y un examen de capacitación.

No lo creo: esto se parece a la definición de Mirna.

Vuelvo a la Real Academia. *Escolta*. 1. f. Partida de soldados. 2. f. Embarcación destinada a escoltar. 3. f. Acompañamiento en señal de honra o reverencia. 4. f. Pareja de la Guardia Civil que a veces va en los trenes de viajeros para custodia y vigilancia. 5. f. Persona o conjunto de personas que protegen a determinadas personalidades, en previsión de posibles atentados.

Estas definiciones muestran parentesco con la que yo refería como escolta, pero son más cercanas a las nociones de Mirna.

No me resigno. Encuentro un artículo del licenciado Ignacio Romano González, de México, DE, profesor de Educación Física y ex jefe de la Oficina de activos cívicos de la Dirección General de Educación de la Secretaría de Educación Pública. El licenciado escribe (textual): La escolta como actualmente la conocemos tiene su origen en la intención que el general Porfirio Díaz tuvo de honrar la memoria de los Niños Héroes de Chapultepec, la escolta mexicana simboliza su gesta heroica, es aquí donde encontramos con agrado que nuestra escolta es rica en tradiciones y desgraciadamente instituciones del gobierno mexicano han deformado tan tradicional uso como lo es la Escolta de la Bandera Nacional, exigiendo a los planteles educativos integrar escoltas de sólo cinco elementos, manteniendo la errónea idea de diferenciarla de la escolta militar que siempre utiliza SEIS elementos. Pero la escolta no debe perder su origen que es puramente militar, ni su simbolismo histórico. Aunque, la situación actual es otra. En toda la nación las escoltas escolares tienen SEIS integrantes, los diferentes presidentes, incluyendo al actual Vicente Fox Quezada, cuando abanderan contingentes lo hacen con escoltas de SEIS integrantes. Y ésta es la situación en la Secretaría de Educación Pública: en toda la nación las escoltas escolares trabajan con seis integrantes, sólo en el Distrito Federal se hacía con CINCO elementos, pero cuando el presidente de la República tiene que abanderar alguna escolta escolar, incluso de las emanadas de nuestros concursos, [la Secretaría de] Gobernación y Sedena [Secretaría de la Defensa Nacional] nos obligan a SEIS elementos.



La Habana

Este *experto* tendrá una horrenda redacción, pero sí refiere a mi definición.

Busco aún un poco más. Encuentro una crónica del sábado 16 de febrero de 2002, escrita en el diario *La Jornada* por Anasella Acosta Nieto. Dice el encabezado: *La música de las bandas de viento pervive como expresión de identidad cultural*. La investigación periodística tiene lugar en Chigmecatitlán, Puebla. La crónica hace su inmersión pormenorizadamente. Se dilata en mil aspectos. Pero en sus últimos párrafos dice: Hace dos años Marco Velázquez, coordinador general de la Secretaría de Cultura de Puebla, emprendió un proyecto para rescatar y mantener la tradición de bandas de viento en el estado. El 26 de mayo de 2000 se instaló en Ciudad Serdán el primer Centro de Capacitación de Música de Banda (Cecamba). El proyecto de Puebla tiene como antecedente al Centro de Capacitación Musical Mixe (Cecam) de Oaxaca, escoleta que funciona con inversión gubernamental. En esta especie de escuela musical oaxaqueña —precisa Muñoz Güemes— los niños de diez o doce años en adelante son capacitados como instrumentistas, compositores y directores, y algunos de sus estudiantes han obtenido becas para la Escuela Superior de Música o el Conservatorio Nacional de Música.

¡Diablos!, todo indica que la Real Academia sabe de qué habla, aunque sólo conoce una parte del asunto.

Un pequeño enredo con dos palabras en el que Mirna y yo, y la Real Academia tenemos nociones aproximadas, pero mucho que aprender.

Vi imposible regresar y dar toda esa abigarrada información a Mirna. Había tenido como segunda intención de mi investigación volver con luz para Mirna y para mí mismo. Me parecía un buen pretexto porque cuando la dejé por la mañana, requiriéndole mi espuma de afeitar, había quedado abatida por algunos minutos, con un nudo en la garganta, aunque creo terminó recuperándose.

—Mirna, tengo algo de prisa...

—Sí, ya voy, ya voy, ahora le doy su espuma —se acuclilla, abre una puertecita, saca la espuma y la retiene con sus dos manos; se incorpora y vuelve a encararme, pero esta vez las cejas arqueadas están en un ceño, y la sonrisa ha desaparecido.

—Profesor, le hago una pregunta... —Mirna ha disminuido sensiblemente el volumen de su voz— eh...; no me ha contado cuáles son sus estudios...

Me parece que en el último momento ha desviado su pregunta.

—Estudié economía y después algo que podría denominarse sociología política, pero no en términos teóricos...; mis cursos se llamaban Estudios Latinoamericanos. Algo así como una historia comparada del desarrollo de los países de América Latina, en términos

políticos y económicos, las estructuras de clase, los tipos de Estado y de gobierno, el contexto internacional...

—Profesor, yo soy doctora en Historia —dice, mientras su gesto endurecido permanece—. Yo estudié algo muy parecido a lo que usted estudió, profesor, pero claro, desde nuestro punto de vista... —la cara es un palo.

Pregunto en mis adentros si ella acaso podrá saber —tal vez supone que siempre lo supo—, cuál es “el punto de vista” de esta formación en México, en la UNAM específicamente.

—Profesor... —Mirna calla, balbuce algo inaudible, se decide, pero siempre en voz baja—: qué piensa, cómo ve las cosas... —las últimas palabras se le ahogan en la garganta, traga saliva, los ojos se le encienden como brazas... —profesor, usted sabe, usted entiende lo que ocurre en Cuba... —aprieta las mandíbulas mientras estruja mi tubo de espuma.

—Mirna, no comprendo bien; usted quiere informarme de algo, o preguntar mi opinión sobre alguna cosa...

—¡Eso! ¿Usted comprende por qué pasa lo que pasa?; profesor, ¿usted entiende?; o ya no sé si entiendo o no entiendo, creo que nadie entiende nada aquí, el pueblo no entiende, no entendemos. —La voz es de llanto contenido—. Teníamos un sistema social..., el mejor, profesor, teníamos todo lo necesario; había escuela para todos, muchos profesionistas; medicina para todos; comida para todos; el mejor sistema, profesor, el mejor; ¿qué pasó? Nada ha cambiado, tenemos el mismo sistema y ahora ya no tenemos lo que teníamos. —Su queja se aceleraba, mientras apretaba el tubo de espuma—. Tenemos muchos problemas, no hay arroz, la tarjeta de racionamiento cada vez está más flaca, como yo, nada alcanza; ¿por qué? ¿por qué?, si seguimos haciendo lo mismo ya nada resulta, yo no sé si alguien sabe qué vamos a hacer...; no sé..., no sé...

Había dejado caer los brazos, y se había tomado sus propias manos. La espuma la había puesto en una repisa, sin percatarse de sus movimientos. Había bajado la cabeza y el mentón lo tenía contra el pecho; ¿estaba avergonzada?; ¿lloraba? No me permitía ver su cara. Se tapó de pronto con ambos brazos la cara, dio un giro y me dio la espalda. No me atreví a romper ese silencio doloroso. Tampoco sabía qué hacer o decir. La situación que refería es devastadora, yo lo sabía. Pero había puesto el acento en esa situación alimentaria cada vez más grave. Había notado que no había hecho referencia a la situación política, ni al gobierno. Había hecho una afirmación que me parecía muy extraña, pero lo había hecho con naturalidad: tenemos el mismo sistema de siempre, entonces por qué las cosas no funcionan tan bien como funcionaban. Qué pasaba en su cabeza; no me atrevía a preguntar. Como si su sistema político

fuera algo connatural a Cuba, como si hubieran nacido con él pegado a la piel. Pero yo no quería decir nada que la lastimara; muy lastimada se le veía ya de suyo.

Así de espaldas, preguntó:

—¿Usted sabe lo que nos pasa, profesor? —espetó.

Yo no quise salirme del guión que ella había puesto; de política, ni hablar, nada diría si ella misma no hacía ninguna referencia.

—Tengo un punto de vista general... —dije—, de lo que yo creo es lo fundamental..., pero seguramente me falta información en muchos temas —dije casi con terror. Sentía que me echaba encima una responsabilidad que no me correspondía—. Cómo puedo yo darle ninguna respuesta satisfactoria Mirna —dije—, con una voz estrangulada. Cualquier explicación que yo tuviera es inservible porque no puede traducirse en nada práctico ni inmediato, ésa es la verdad...; hacen falta muchas cosas, muchos planes, muchos acuerdos, y mucho tiempo, Mirna. Nadie se puede engañar en esto, es inútil...

Nada concreto había dicho, abstracciones, generalidades; me sentía un cobarde, pero no tenía ni idea si estaba conectando con su cabeza y sus sentimientos.

—Pero usted habló de lo fundamental, profesor, y lo fundamental es lo fundamental... —casi exigía— ya sé que nada se puede resolver para mañana. —Mirna parecía vivir un momento crucial. Quizá quería saber si un punto de vista externo sobre lo fundamental se aproximaba a lo que ella misma pensaba sobre su país.

—Creo —le digo en el tono más suave que puedo—, que lo fundamental se entiende si se examinan de frente los significados de la caída del muro de Berlín, el hundimiento del régimen soviético, lo que significó en otros tiempos la URSS, el impacto devastador de su caída en la isla, las decisiones del gobierno cubano, especialmente a partir del llamado “periodo especial”...

Mirna había volteado lentamente hacia mí y al terminar su giro soltó un lagrimón, que cayó sobre su suéter raído. Me pide con los ojos que continúe hablando, pero temerosa voltea en todas direcciones.

Mirna ha recobrado mi tubo de espuma y continúa con él entre las dos manos mirándome. Una mirada difícil de resistir, una mezcla de demanda, de grito acallado. Sus labios hace varios minutos que permanecen apretados. Toda ella conforma una imagen lacerante. Tembo yo mismo que mi voz se quiebre. No quiero decir nada más, pero siento una inmensa compasión y no sé siquiera si este sentimiento es justo. Quiero correr.

—Mirna, no puedo, ahora, aquí, en cinco minutos, examinar cómo yo entiendo esos temas fundamentales tan complejos...

Mirna permanece como una estatua con los labios apretados. Los segundos o minutos se vuelven un silencio interminable.

—Mirna...

—Profesor, si no le parece un abuso, ¿podría darme su correo electrónico?

¿Cómo fue que transitó casi instantáneamente a un estado de reposo?

—Me gustaría hacerle algunas preguntas, usted responda cuando pueda, o cuando quiera...; me gustaría... me gustaría escribirle poco a poco, no que me diga todo lo que sabe en un solo mensaje... ¡Dios!, qué abuso, lo estoy conociendo y mire adónde he llegado, discúlpeme...

—Mirna, ya está —dije con ánimo—, haré lo que me pide con mucho gusto. Escriba en algún lado mi correo electrónico, y ya está; escríbame cuando quiera... —me sentía salvado.

—Muchas gracias, profesor, es usted un amor... —la doctora vuelve a acuclillarse, rebusca en un cajón, extrae unas hojas de papel y un lápiz; parece totalmente reanimada.

Le dicto mi correo electrónico, que escribe con letras muy dibujadas.

—La primera parte de su correo es su nombre, ¿verdad?

—Sí. Tal cual.

—Arroba, arroba, qué tienen que ver las arrobas con los correos, quién habrá inventado semejante tontería —Mirna, parece, está recuperada...

Estoy a punto tontamente de iniciar ahora un discurso sobre el uso del signo de la arroba, pero me freno a tiempo. ¡Uf!, señor, me digo en la cabeza, quieres ser profesor las veinticuatro horas del día.

Mirna dobla esmeradamente varias veces el papeliño en el que ha escrito mi correo electrónico, saca de su imperceptible seno una pequeña bolsita de cuero, acomoda cuidadosamente el papeliño dentro de la misma, y vuelve la bolsita a su lugar de origen.

—Cuando le escriba, profesor, ahí irá el correo al que me hará favor de responder.

—Me parece bien —le digo con más entusiasmo, intentando despejar la nube negra que se había posado sobre nosotros durante el diálogo breve pero tenso que acabábamos de tener.

Finalmente me entrega mi tubo de espuma. Ha transcurrido quizás una hora. Le pago. Hace una leve caravana. Le digo que si me entero de algo más acerca de la escolta y de la escoleta, se lo pondré en el primer correo que le responda.

Regreso a México, a la tumultuosa vida de siempre. Durante una semana, cada día busqué el primer correo de Mirna.

Pasaron tres meses y de vez en vez recordaba aquel tan furtivo como inesperado encuentro con la historiadora habanera, de quien no recibí noticia ni pregunta alguna.

Ha pasado el tiempo, Mirna se va adelgazando más en mi recuerdo... 

Humanismo y libertad

La conciencia europea

Francisco Prieto

Es probable que lo humano, tal y como lo conocemos ahora, no habría existido más como un ideal que como una realidad sin don Quijote de la Mancha. Francisco Prieto, autor de novelas como Ruedo de incantos y Felonías, confronta la obra de Miguel de Cervantes con el mundo actual a partir de una interpretación plena de humanismo libertario.

A lo largo de lo que llamamos historia universal, o sea, ese periodo de la humanidad que va desde la aparición de América en el horizonte vital de Eurasia y África, parece que tanto el bien como el mal han ganado en extensión y en profundidad. Y parece también que la conciencia moral se ha estrechado y que, paradójicamente, va en proceso de desaparición. A la mayor presencia del reconocimiento de los derechos humanos no corresponde un sentido más extendido de la conciencia moral en los seres humanos. Así, el humanismo contemporáneo centrado en haber puesto entre paréntesis el verbo deber, que todo lo iguala, que no distingue jerarquías y por lo mismo valores superiores, parecería un falso humanismo porque a éste le sería consustancial la libertad. La libertad implica conciencia de los límites, de que elegir es renunciar, de autodeterminación desde el núcleo mismo del ser. Y en esto reside lo que llamamos conciencia europea, sin la cual nunca se hubiera producido una obra como *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*. En rigor, la novela de Cervantes es no sólo la primera gran novela que introduce en la literatura el llamado realismo crítico ligado a la dimensión onírica, sino la obra que plasma, en parte por ello mismo, el pun-

to en que Europa se deslinda de la cultura grecolatina y del judaísmo para afirmarse como una cultura autónoma. Si la conciencia europea conlleva la afirmación del *challenge and response* (Toynbee) y la convicción de que, como quería Chesterton, nada hay verdaderamente absurdo como no fuere pretender eludir el cambio y afirmarse como conservador, puesto que las cosas de natural tienden a podrirse, todo esto se encuentra en la esencia misma de la humanidad de Alonso Quijano, el bueno.

En efecto, la novela es la historia de un hombre que fascinado por el mundo luminoso de los caballeros andantes, no se puede quedar al nivel de la contemplación. Han sido no pocos los años dedicados a soñar, el tiempo de preparación para hacer realidad los ideales vividos a través de los libros, los libros que ya en Europa refuerzan la conciencia individual que marca una distancia con el común, que promete a la persona, en consecuencia, la construcción de sí misma. ¡Construirse, afirmación del yo! ¿Y qué otra cosa distingue al hombre de la modernidad de aquel otro de la antigüedad si no es, precisamente, la afirmación del yo? Y esto significa que los seres humanos han llegado, finalmente, a poseer una confianza básica que hace posible distanciarse del